ANSELMO MARTÍN

CORAZONADAS

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MM. Robert de Flers et Gaston de Caillavet

ADAPTADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1906

CORAZONADAS

CORAZONADAS

COMEDIA

en un acto y en prosa

ORIGINAL DE

MM. Robert de Flers et Gaston de Caillavet

adaptada á la escena española

POR

ANSELMO MARTÍN

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 12 de Diciembre de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1906

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
PAQUITA	SRA. PINO.
UNA DONCELLA	SRTA. BENITO.
SANTIAGO RAMOS	SR. MENDIGUCHÍA.
LUCIANO DE ROJAS	GONZÁLVEZ.
UN CRIADO	ACUÑA.

La acción en Madrid.—Epoca actual



ACTO UNICO

Gabinete muy elegante en casa de Paquita. Puerta al foro y otra á la izquierda. A la derecha un espejo de cuerco entero

ESCENA PRIMERA

SANTIAGO, UN CRIADO

CRIADO (Acompañando á Santiago.) ¿A quién anuncio?

SANT. (Titubeando.) ¿Qué?... A don... Santiago Ramos... (Mutis el Criado.) Don Santiago Ramos... ¡Tengo un miedo!. . Soy un imbécil... Estoy por marcharme y dejarlo para mañana... No... Sería la décima vez que me pasaba lo mismo. (Se sienta. Pequeña pausa. Entra el Criado, y al sentirle, Santiago se levanta asustado y deja caer el bastón y el sombrero, que recoge en seguida con torpeza.)

CRIADO La señora le ruega que tenga usted la bondad de esperar un momentito. Está con su modista. (Mutis.)

SANT. (Con la mano en el pecho.) ¡Cómo me late el corazón!... ¡Ya se calma!... ¡Ya está mejor!... ¡Uf!. . (Cepilla el sombrero á contrapelo, se pasea por toda la escena, y al pasar frente al espejo se da un vistazo y hace un gesto de aprobación.) ¿Y por qué este miedo?... Yo no me encuentro mal del todo... Tengo cierta elegancia, aire marcial,

y hasta un aspecto de seductor... Sí... Soy un seductor; la señora es muy amable... ¿No podría resultar que?... (Se deshace en reverencias y en sonrisas. Luciano, que ha entrado, le contempla estupefacto.)

ESCENA II

SANTIAGO y LUCIANO

LUC. (Burlándose.) ¡Todavía no!

SANT. (Deja caer de nuevo el sombrero y el bastón.) ¡Me has asustado!...

LUC. Sosiégate y continúa.

SANT. No te burles de mí.

LUC. ¡Ah, ya sé, chico, ya sé! Tú estás enamorado de Paquita.

SANT. ¡Llámala la señora viuda de Martín!

LUC. Es lo mismo... Ya sé lo que deseaba saber. ¡Tú estás enamorado!

SANT. Eso salta á la vista.

LUC. ¡Brutalmente enamorado!

SANT. Es verdad, te lo confieso... Estoy enamorado, enamoradísimo. (Se sienta.)

LUC. ¿Desde cuándo?

SANT. Desde hace un año, sobre poco más á menos.

LUC. ¡Entonces eso es el delirio!

SANT. No te rías de estas cosas.

LUC. ¿Pues de qué puede uno reirse sino de las cosas serias?... De modo que tú ¡paf! te has colado...

SANT. Fué en una *Kermesse* de beneficencia... Paquita...

LUC. (Burlón.) Llámala la señora viuda de Martín.

SANT. (Irritado.) ¿Es que tú también estás enamorado de ella?

LUC. Jamás se me ocurrió semejante cosa... Y ahora que tú la quieres; tú que eres un amigo mío... Aparte de estas razones respetables, te aseguro que Paquita no es mi tipo... La encuentro insoportable, afectada, poco divertida...

SANT. (Se levanta.) ¡Oh, aquel día!... Tenía un pues-

tecito de plumeros y otras baratijas, para venderlas en beneficio de los pobres.. La propusieron vender dulces y bombones, pero prefirió los plumeros... ¡Es una mujer seria! En cuanto la ví, comencé á perder la tranquillidad. Me presentaron, me tendió la mano con franqueza, como si fuéramos ya dos buenos amigos, y me invitó á que la comprara algunas cosillas, sonriéndose un poco, como si me tomara ligeramente el pelo...

LUC. Es un principio... Primeras embriagueces. Vals.

SANT. De pronto la gente se arremolina. Todo el mundo se pone de rodillas. Paquita también, y yo á su lado... Acababa de entrar el señor Obispo á dar su bendición á las elegantes vendedoras. ¡Me pareció que nos casaba! Al levantarme, Paquita había desaparecido... Desde aquel momento no me dí cuenta de nada. Solo recuerdo que ocho horas después, en la plaza de Oriente, me llamaba animal un caballero respetable, á quien acababa de limpiar sus lentes con los seis plumeros que se abrían entre mis manos...

LUC. Vaya... Si estás en ese estado, he llegado en mala ocasión...

SANT. ¿Por qué?

LUC. Pues porque...

SANT. (Vivamente.) Nada de eso... Tu presencia me sirve de pretexto para retrasar la declaración que no la hice todavía...

LUC. ¿Que no?... ¿Pero es de veras?... Después de platonizar tanto tiempo, aun no la has dicho...

SANT. Jamás... Y ya he notado que la aburro un poco cuando no la digo nada... Pero, chico, no me he atrevido á ir tan lejos... ¡Y me desespera el no contentarla nunca! (Se sienta.)

LUC. (Yendo hacia él.) Y el caso es que tú tienes una porción de ventajas... Eres el verdadero tipo del amante para una mujer honesta.

SANT. Mira... no tengo ganas de bromas.

LUC. Pero al mismo tiempo, tú eres tu mayor enemigo... Por ejemplo: ¿no vives en el paseo de Recoletos?

SANT. Sí. Tengo un cuartito muy bonito, con unas vistas... Los jardines...

LUC. Sería preferible una bohardilla en... la plaza de Isabel II, con vistas á la torre de San Ginés y á la del teatro Real...

SANT. ¿Por qué?

LUC. Porque jamás creerá una mujer que se puede pensar en ella desde un barrio tan elegante como el tuyo.

SANT. Vamos, vamos; veo que eres muy poco formal... Y aparte de esto, ¿tienes otra cosa que reprocharme?

LUC. Psch... Levántate. Jamás consentiré que me vista tu sastre.

SANT. Es el de mi familia. Allí se hace la ropa mi abuelo, que es magistrado de la Audiencia.

LUC. Si crees que esto es una recomendación para las mujeres... A ver... ¡Qué cuello!... Pareces un cura!... ¡Y esta corbata!... ¿No gastas puños?

SANT. (Sacándoselos de las mangas, que le están largas.) Si, hombre, sí.

LUC. Sácalos... ¡Qué gemelos!

SANT. ¿Qué tienen estos gemelos?

LUC. ¡Regálaselos á tu criado!... Y este sombrero... este sombrero lastimoso... ¿Quieres que te diga una cosa?... Tú tomas la vida lo mismo que te cepillas el sombrero... ¡á contrapelo!... Y ahí tienes cómo se te presenta la vida: erizada... Mira la mía. (Le muestra su sombrero.)

SANT. Te equivocas... No soy tan torpe como supones, sobre todo al lado de Paquita... He probado á ser galante con ella. La he contado mis aventuras, mis conquistas... ¡Me parece que esto no está mal!

LUC. Al contrario, muy bien. ¿Y han sido muchas tus conquistas?

SANT. Tres.

LUC. ¡Ese número impar es el más grato á los Dioses!

SANT. Tres... sin contar las otras.

LUC. ¿Y por qué no cuentas también las otras?

SANT. Porque no he tenido nada con ellas.

LUC. Ah, vamos.

SANT. (Con presunción.) Y tú las has conocido... ¿Te acuerdas de Vera Echekaff?

LUC. ¿La *ecuyere* que trabajó en el Circo y luego se casó con un príncipe?... Caramba. ¡Que sea enhorabuena!

SANT. (Se estrechan la mano.) Gracias. ¡Yo he tenido relaciones con la institutriz de su hija!

LUC. ¡Eso ya es menos distinguido!

SANT. Pensé en ella misma, pero no estaba para mí. Era una mujer que se pasaba la vida á caballo. Yo la quise acompañar por el Retiro, pero me enteré de que exigía que sus acompañantes perdieran los estribos á la tercera vez; y, la verdad, sintiéndolo mucho, yo...

LUC. Es una lástima. Hubiera sido un recuerdo muy agradable. Sigue.

SANT. Ya sabes que tenía cierta confianza en casa de la duquesa de Aldehuela.

LUC. ¡Ah!... Es que...

SANT. No, no. Recordarás que ella tenía dos hijas hermosísimas, graves y dulces como las infantas de Velázquez; el color mate, los ojos aterciopelados...

LUC. ¿Y acaso alguna...?

SANT. No. Ellas aprendían el francés con una bordalesa rubia. Una chica muy mona y muy buena... ¡No había tenido un amante jamás!

LUC. ¿Jamás?

SANT. Jamás... en España... Me quiso seis meses.

LUC. Pero porque no te fijaste en la misma duquesa. Tiene fama de no ser inaccesible.

SANT. Tal vez; pero también la tiene de ser poco instruída, y yo...

LUC. Sí; con respecto á la instrucción, tú ya estabas muy mal acostumbrado...

SANT. La tercera...

LUC. (Ríe.) Supongo que sería otra institutriz.

SANT. Exactamente. Era una institutriz. La conocí en casa de Juanita, la malagueña...

LUC. Ah, sí. La antigua embajadora. ¡Buena mujer!

SANT. Daba lecciones de castellano á su madre.

LUC Yo en tu lugar hubiera preferido á la propia Juanita.

SANT. Lo pensé y estuve á punto... Pero luego no lo hice.

LUC. ¿Y esto es todo?

SANT. Sí, esto es todo.

LUC. ¡Ah! (Pequeña pausa)

SANT. ¿En qué piensas?

LUC. Pienso en que así como hubo un célebre criminal que no mataba más que criadas, tú no te enamoras más que de institutrices. ¡Cada uno tiene su destino! ¿Y ese pasado es el que tuviste la feliz idea de contar á Paquita? ¡Cómo se habrá divertido!

SANT. Sí ¡Se reía mucho conmigo!

LUC. No lo dudo... Hijo mío, tus amantes no son de las que pueden envanecer á nadie.

SANT. Eran tres muchachas preciosísimas.

LUC. Podrás presumir de todo, menos de amor propio. Y yo dudo que Paquita quiera completarte esa especie de Universidad amorosa... A una mujer no la importa que su adorador se haya divertido con algunas chiquillas encantadoras; pero la gusta que le hayan querido otras mujeres algo conocidas por su rango, por su fama, por su posición en el mundo, con las cuales pueda compartir, sin desdoro, sus recuerdos...

SANT. ¿Tú crees..?

LUC Y no es eso lo peor... Tú has cometido la falta de no declararte en seguida á Paquita, dejándola acostumbrarse á la idea de no quererte nunca. Debiste entrar en campaña inmediatamente, y así ella te hubiera agradecido por lo menos ese homenaje.

SANT. ¿Pero cómo lo iba á hacer sin conocerla apenas? Sólo sabía que ella era una mujer muy correcta, muy bien relacionada, y que al enviudar del arquitecto Martín llevó algunos meses un luto riguroso y un dolor de medio luto.

LUC. Sí. Durante un año, el negro la puso un poco triste.

SANT. Sólo tuvimos algo de intimidad en los ocho días que pasé en San Sebastián. Paseábamos algunas veces juntos por la playa; ella, radiante y seductora; yo, tembloroso y en silencio. Ni sabía nada de su vida ni me atreví á informarme tan pronto. Por un lado pensaba que habría tenido amantes, y temblaba por si yo lo era y los echaba de menos. Por otro lado suponía que estaba dispuesta á ser virtuosa y me daba miedo de ser yo su primera caída.

LUC. ¡Ya se hubiera levantado!

SANT. Entonces, ¿tú sabes algo de ella?

LUC. Yo sé que la gusta que la cortejen, y que de vez en cuando desprecie á todos los hombres en compañía de uno solo.

SANT. ¿Es que ha tenido amantes?

LUC. ¿Qué preferirías, que los hubiera tenido ó que no?

SANT. Eso, según... ¿Los ha tenido?

LUC. Se dice que sí.

SANT. Entonces, prefiero que los haya tenido... ¿Cuántos?

LUC. ¡Pobre curioso!

SANT. ¿Más de uno?

LUC. Se dice que sí.

SANT. Me alegro.

LUC. ¿Por qué?

SANT. No lo sé; pero prefiero que hayan sido dos.

LUC. ¡Yo no te he dicho que dos!

SANT. ¡Has dicho más de uno!

LUC. ¡Veo que estás enamorado de veras!... Pues sí... Casi estoy seguro de Perico Lasarte y de Paco Rastreta... Después, Luciano Durán... Pero este no se cuenta, porque se ha marchado de Europa.

SANT. ¿Y eso es todo?

LUC. Sí, porque á los otros, si los hubo, ya los habrá olvidado seguramente, y por lo tanto no existen para tí.

SANT. (Muy contento.) ¡Entonces es una mujer casi virtuosa!... ¡Me has hecho feliz, querido Luciano!... ¡Eres un amigo verdadero!... Eres bueno, leal, generoso; no hablas mal de las mujeres...

LUC. ¡Te advierto que no es á mí á quien te tienes que declarar!...

SANT. ¡Qué quieres!... ¡Es la fuerza del amor que la tengo! Desborda de mi corazón rebosante, y se derrama sobre todo lo que la rodea. ¡Ella me ha hecho querer una porción de cosas que me eran antipáticas!

LUC. Muchas gracias. (Le da la mano.)

SANT. ¡Perdóname!

LUC. No te excuses. La sinceridad me agrada... Solo que, precisamente, esa sinceridad es la que te perderá con las mujeres, y sobre todo con Paquita. ¡Tú no conoces la indiferencia! La misma fuerza de tu sentimiento eleva tu manera de expresarlo. Por eso ella te debe de encontrar muy aburrido.

SANT. Pero...

LUC. Aburrido y un poco tonto.. Hay que darlas á entender que estamos dispuestos á dejarnos enganchar, pero no que ya estamos enganchados. Tú la propones una partida agradable, y se la das por ganada; no hay juego posible. Tú quieres hacer con ella una comedia deliciosa, y en seguida saltas al desenlace; no puede haber fin de fiesta... Quieres que ella te ame, y la haces ver desde el primer momento que estás perdidamente enamorado; no puede haber amor.

SANT. ¡Pero tú no crees en nada!

LUC. ¿Yo? Yo creo en todo. ¡Yo soy un excéptico!

SANT. ¡Pues yo no creo más que en Paquita! Y al confesarla lo que pasa en mi corazón, la diría: «Vámonos, renunciemos al mundo, abandonemos esta vida frívola, de coquetería y de placeres livianos... Vivamos el uno para el otro... Solos, muy solos.»

LUC. ¿Y piensas que basta con eso?

SANT. ¿No crees?...

LUC. ¡Me das lástima!... Las mujeres no quieren nada de pasión... Lo único que necesitan es distraerse, estar á gusto, y, á lo más, un poquito de ternura.. Pero tú... ¡te piden de merendar y las ofreces un banquete! ¡De-

sean un *bibelot*, y las mandas un mobiliario completo!

SANT. Pero entonces ¿qué es el amor?

LUC. El amor es... ¡historias de mujeres! (Pausa.) ¿Quieres el secreto del triunfo?... Un poco de deseo, un poco de melancolía, casi nada de sentimiento, mucha ligereza cuando se trata de asuntos serios, mucha gravedad á propósito de nada... Algunas comparaciones escogidas; la estrella, la flor, ó el pájaro, sobre todo el pájaro... ¡Sin salir de ahí! Una ausencia completa de originalidad, que las hace decir: «Este no es como todos los demás»... Una serie de tonterías que las hace pensar: «¡Nunca me han hablado de esta manera!» Un aspecto á la vez de profundo convencimiento y de discreto despego, que las inspira al mismo tiempo estas dos reflexiones contradictorias: «Estaré con él toda la vida» y «le podré dejar cuando me parezca.»

SANT. ¡Te admiro! ¿Quién te ha dado esa confianza en tí mismo?

LUC. ¡Yo mismo!

SANT. Y tu amiguita, ¿te ama?

LUC. ¿Lucía?... Lo bastante para que sus amigas no resistan más que un momento. (Gritando.) ¡Ah!

SANT. ¿Qué pasa?

LUC. ¡Tu corbata!... ¡No me había fijado en tu corbata!... ¿Qué consejos quieres que dé á semejante corbata?... ¡Un nudo hecho, desgraciado!... ¡Un hortera la despreciaría! Esto es una infamia. (Le tira de ella y se la rompe.)

SANT. (Mirándola rota.) Pero hombre. ¿Te has vuelto loco, Luciano? ¿Qué voy á parecer sin corbata? Dame la tuya.

LUC. No, no... ¡Este color en tí, sería una heregía!...

SANT. ¡Y Paquita que va á salir!... ¿Cómo me presento sin corbata? ¡Dios mío!

LUC. Vete á buscar una.

SANT. ¿Y si sale?

LUC. Bueno. Yo le haré una declaración en tu nombre.

SANT. (Vivamente.) ¿Tú harás eso?

LUC. Jamás. Ha sido una broma.

SANT. Sí, sí, Luciano, te lo suplico... ¡Es una idea admirable! Hazme ese favor.

LUC. No pienses en eso. Es un sistema muy antiguo, y está ya muy gastado.

SANT. Tú estás obligado...

LUC. No. Te digo que eso sería ridículo... Y tú también quedarías en ridículo.

SANT. Si debo quedar en ridículo, más vale que lo sea no estando presente. ¡Te lo ruego!... Al menos, háblala vagamente de mi asunto, dándoselo á entender de tal modo que cuando yo vuelva puedas decirme si debo avanzar... ¡Te lo pido por favor!

LUC. Pero hombre, si... Y aunque así fuera, ¿como te voy á avisar?

SANT. Con una señal.

LUC. ¿Cuál?

SANT. Por ejemplo... Si la cosa marcha, te pones un guante; si no marcha te pones los dos... ¿Comprendes?

LUC. Bueno; pero te advierto que temo no estar muy brillante; porque no hay otra mujer que me inspire menos que esta... ¡Es un fastidio!

SANT. Vamos, caramba; un poco de valor. (Arrogante.)

LUC. Aquí está ya.

SANT. (Acobardado otra vez.) ¡Dios mio!... Háblala.. Que seas elocuente... Te lo suplico... Un guante, sí; dos guantes, no... Valor... Adiós.. Yo me escapo. (Mutis.)

ESCENA III

LUCIANO, UNA DONCELLA, luego PAQUITA

DONC. (Abriendo la puerta.) Aquí está la señora. (Mutis.)

PAQ. (Dentro.) Soy con ustedes en seguida... Perdonen un momento.

Luc. Yo sí, pero Santiago.. ¡Está furioso! ¿Verdad, Santiago, que estás furioso?

Paq (Dentro.) ¿Qué dice usted?

Luc ¡Está furioso!

Paq (Saliendo) ¿Cómo?... ¿Está usted solo? ¿Y Ramos?

Luc Se ha marchado.

Paq ¿Sin decir nada?

Luc. Algo ha dicho... Alguna cosa que...

Paq ¿Qué?

Luc. (Sin responderle.) Caramba... ¡Qué bonita está usted hoy!

Paq. Tenía intención de haber salido esta tarde... ¡Estoy tan aburrida!

Luc. Eso la sienta á usted admirablemente. No obstante, yo me tengo que marchar. Estoy citado á las seis.

Paq ¿Es una cita seria?

Luc. Psch... No me gusta faltar... (Mirando su reloj.) ¡Demonio, las seis menos cuarto!... ¡Y mi reloj se atrasa! Mi querida Paquita. (Solemnemente.) Tengo una grave misión que cumplir. Necesito tener con usted una entrevista diplomática. Es preciso que la sondee con discreción y tacto, para averiguar... Sobre todo, no debo darle á entender el verdadero objeto de... Por lo tanto, la diré que Santiago Ramos esta enamorado de usted.

Paq ¿Santiago? ¿Que acaba de marcharse?

Luc. Que acaba de marcharse... Santiago.

Paq (Pausa.) Pero...

Luc. ¡Demonio! Está usted sublime... ¡Qué gesto de emoción contenida ó de burla sangrienta!...

Paq. (Encogiéndose de hombros.) ¿Santiago? ¿Y es usted el encargado de esa comisión? ¡Imbécil!

Luc. ¿Le parece á usted?

Paq Sí.

Luc. (Un poco sofocado.) ¡Ah!

Paq. ¿Qué?

Luc. He dicho ¡ah!..

Paq. Usted exagera... Es usted mismo quien ha inventado esta historia, ¿no es verdad?

Luc. ¡Palabra que no!... Soy un embajador debi-

damente acreditado cerca de usted por un amante cándido, tímido y ardiente.

PAQ. No creo ni una palabra de eso... ¡Santiago! ¡El último hombre que me podría enamorar!

LUC. ¿Por qué razón?

PAQ. ¡No conozco á nadie que me disguste tanto!

LUC. ¡Qué lógica tan graciosa tiene usted, Paquita!

PAQ. Tengo la lógica de las mujeres.

LUC. Eso es lo que he querido decir.

PAQ Es torpe, rudo, sin gracia, de un carácter que se agria en seguida.

LUC. Cualidades deliciosas y muy naturales por otra parte... Es tierno, apasionado...

PAQ ¡Un paletito!... ¡Puede usted guardárselo!... A mí no me gustan las tristes figuras... Tengo horror á sus visitas, que en seguida me abruman, me fatigan... Se hunde en un sillón, se coloca junto á la chimenea y de allí no se mueve. ¡Parece un cazador furtivo al acecho de la pieza!... Y asi se está las horas muertas, con el gesto uraño, las cejas fruncidas, mirando con rabia á todos los que me visitan y echando á los muebles unas miradas melancólicas...

LUC. ¡Todo eso es magnífico!

PAQ. Se está una hora, dos horas... sin decir una palabra... callado, callado... ¡No hay quien le detenga!

LUC. Es un buen chico... No le falta más que hablar... Pero, en fin, está enamorado de usted.

PAQ. ¡Pero si nunca me lo ha dicho!... no; y yo haré lo posible porque no me lo diga...

LUC. Qué pelo tan hermoso... ¿Ha cambiado usted de color?

PAQ. Nada de eso... ¿Sabe usted que la comisión que le ha dado ese caballerito es muy impertinente?... Pero no quiero calificarla más que de ridícula... Ya le diré yo que ese sistema es de una necedad ofensiva, y que el mismo es un tonto, lo cual no es decirle ninguna novedad.

LUC. Puesto que está usted decidida á emplear palabras tan suaves...

PAQ. Hombre, confiese usted que tengo razón
LUC. Lo confieso. (Girando á su alrededor.)
PAQ. Es un majadero.
LUC. Un aturdido...
PAQ. Muy molesto.
LUC Mucho.
PAQ Un salvaje.
LUC. Eso es... ¿No tiene usted ya la misma modista?
PAQ Sí, ¿por qué?
LUC Porque nunca la he visto á usted un vestido tan... tan... provocativo como este...
PAQ. Vamos, hoy le toca á usted estar galante... Y dígame, dígame exactamente qué es lo que le ha encargado á usted ese estúpido.
LUC. Que tanteara el terreno, á ver si era el momento oportuno para lanzar una declaración... Y, de paso, que hiciera su elogio discretamente...
PAQ. Bueno; pues ya está hecho.
LUC. Ya está hecho... Y puesto que ha terminado mi misión...(Se levanta y va en busca del sombrero.)
PAQ. ¿Tan pronto?
LUC. Es que... (Mira su reloj.) Las seis y cuarto... Menos mal que mi reloj adelanta. (Vuelve á sentarse.) Supongo que me perdonará usted por haber hecho un papel tan desairado... ¡Soy tan débil!... No sé resistir á los amigos.
PAQ. Pues yo sí.
LUC. Ese pobre Santiago, me ha enternecido... Me rogó, me suplicó que le apuntara—no sé cómo decirlo—una fórmula para...
PAQ. ¡Ah! Le felicito cordialmente... No conocía su competencia profesional, que debe ser mucha... ¿Y puede saberse lo que le ha aconsejado usted? ¡Esto es divertidísimo!...
LUC. ¡Andese usted con cuidado!
PAQ. ¡Qué presumido!
LUC. ¡Después de todo, para lo que yo arriesgo!... Bueno, pues le he dado á entender que no debe aspirar á usted... Que es usted una mujer muy hermosa, muy elegante y muy solicitada, á quien es preciso hacer la corte de una manera distinguida y sin ser pesado

para no aburrirla ni apremiarla... Y le he dicho también: «Amala, mucho ó poco, pero siempre con delicadeza y sin la menor violencia... Ella merece que se la adore, porque es una criatura delicada y deliciosa.»

PAQ ¡Oh, oh!...

LUC. «Es desconfiada, porque se siente demasiado tierna, aunque no quiera confesarlo...»

PAQ ¡No confesarlo nunca!... ¡Esa es una frase exacta! ¡Una misma es su mejor confidente! Adelante..

LUC. «¡Pero si yo la amo!»—Suspiró lastimosamente el pobre chico, que debía sufrir bastante.—«Amigo mío—le respondí—eso no basta... El amor no es una substancia simple. Está ya analizado, descompuesto, subdividido... Tú no estás al corriente de estas cosas y quieres ofrecérselo en bruto á una mujer tan encantadora, tan sutil... ¡Qué heregía!... Tú la amas... ¿Y qué tenemos conque tú la ames?»

PÁQ. ¡Todo eso está bastante bien!

LUC. «Es más difícil de lo que parece, llegar á interesarla... Es preciso tener al mismo tiempo astucia y sinceridad, debilidad y fuerza, cierta melancolía... ¡Vaya si es difícil!... Y merece todo eso y algo más, porque tiene una elegancia ideal, una seducción extraña... ¡Vaya si lo merece! Y hoy sobre todo, con sus cabellos más espléndidos que de costumbre, su gracia más preciosa, su belleza más ardiente... Y este vestido... este vestido ..» (Paquita le mira un poco sorprendida.)

PAQ. ¿Esos son los consejos que le ha dado usted siempre á Santiago?

LUC Sí.

PAQ ¡Pero si él no me ha visto con este vestido!

LUC ¡Calla!... ¡Es verdad!

PAQ Entonces, ¿qué?...

LUC Entonces... nada... En fin; ya está dicho.

PAQ No sabe usted lo que me agrada el ver con cuánta autoridad habla usted de estas cosas, en nombre de otro... Y sobre todo su convicción.

LUC. ¿Cree usted que si hablara por mi cuenta?...

PAQ. ... ¿Sería ménos brillante? Sí que lo creo.

LUC. No tiene usted derecho...

PAQ. Vamos, confiese usted que no piensa una sola palabra de cuanto ha dicho.

LUC. Nada de eso... ¿Quiere usted saber una cosa? Lo he pensado mucho, después de haberlo dicho.

PAQ. Muchas gracias.

LUC. ¿Y sabe usted lo que haría en este momento, siendo sincero?

PAQ ¿Qué?

LUC. Lo repetiría.

PAQ. ¡Atiza!... Haría usted muy mal.

LUC. ¿Por qué?

PAQ. ¿Está usted loco?... Somos antiguos amigos y nunca se le ocurrió á usted hacerme el amor... ¿Por qué ahora tan de repente? ¿Hay algo entre nosotros que no había antes?

LUC Santiago.

PAQ. ¡Qué buen humor tiene usted!

LUC. La aseguro que no bromeo. Tan verdad, como que yo mismo no comprendo lo que me pasa... Es cierto, real, inexplicable que me ha ocurrido un fenómeno extraordinario... ¿Acaso al ir detallando sus encantos, he sentido de repente toda su fuerza?... ¿Me ha conquistado la exaltación conque rechazó usted á Santiago?

PAQ Entonces es que se ha contagiado usted... (Burlona.)

LUC. No se ría usted. La aseguro que empieza usted á gustarme demasiado, sin que yo haya puesto nada de mi parte. Esto es una cobardía. Debió usted advertirme...

PAQ. De modo que si lo sabe usted no viene.

LUC. Seguramente. Ya sé lo que me va usted á decir... Que mi pasión es un castillo de naipes. Que no hay entre ella y la de Romeo por Julieta más que una relación irrisoria.

PAQ. Se parece un poco, pero no mucho.

LUC. Sin embargo; si reflexiona usted un momento, se convencerá de que he dicho la verdad... ¿Hay nada más sencillo que un capricho?

¡Se puede estar más seguro de que existe un capricho que de que existe una pasión! ¿No es una prueba de que se desea verdaderamente una cosa, el desearla sin ninguna razón?... ¿Puede usted dudar de que la ama un hombre, cuando solo hace una media hora que la ama? ¡Esto es evidente! ¡Yo la he dado á usted la prueba de amor más grande que se puede dar á una mujer!

PAQ. Casi me inclinaba á pensarlo así. En resumen: ¿acabo de recibir una declaración?

LUC. Sí, pero no me lo recuerde usted, porque me da mucha vergüenza. Es una tontería, pero yo soy así y no puedo ser de otra manera. Yo no la conocía á usted bien, Paquita. Al verla tan deseada, he comprendido todo su valor... ¿Por qué no me habré fijado antes?

PAQ (Levantándose.) Basta, Luciano. No continuemos este juego, que podría ser peligroso para los dos. ¡Y no ponga usted esa cara!...

LUC. ¡Es que me siento tan en ridículo!

PAQ. ¡Eso no me disgusta!

LUC. ¿De veras? Entonces...

PAQ. No, no...

LUC. ¿Por qué?

PAQ. ¡Porque seríamos muy desgraciados!

LUC. ¡Quizá no tanto como usted se figura! Y además, ese temor no ha detenido nunca á nadie. No es una razón decisiva; al contrario, es una de esas razones que se dan cuando se está decidido...

PAQ. Qué quiere usted. Me falta la confianza. Confiese usted que tengo razón. Porque al ofrecerme su cariño, no se acordaba usted de su amiguita, tan linda, tan fiel...

LUC. ¡Ah!...

PAQ. Lucia... Ni del pobre amigo á quien representa usted aquí tan dignamente.

LUC. Pénsaba en ellos... tanto como usted. Y además, ¿eso la importa á usted algo? ¡Es usted una mujer muy extraña!

PAQ. Sí; para todo lo que son escrúpulos. Por lo visto usted no tiene ese exceso de equipaje.

LUC. Yo también soy muy delicado... Algunas veces hice la corte á las mujeres de los amigos, es verdad; pero cuando ellas cedían, evidentemente...

PAQ. Cedía usted también...

LUC. Es natural... No podía quedar en el ridículo de..

PAQ. De hacer... el Santiago.

LUC. Espere usted... Cuando veía que la cosa no marchaba bien, sabía apartarme noblemente, diciéndome: «Tú no puedes hacer esto con un amigo; tú no debes hacerlo...»

PAQ. Eso está bien.

LUC. ¿Verdad que sí?

PAQ. Muy bien. Es usted divertidísimo. (Pausa.)

LUC. ¿Sabe usted que la sigo adorando?

PAQ. ¿Todavía?... ¡Cómo pasa el tiempo!

LUC. Escuche usted, Paquita. Yo creo que hemos nacido el uno para el otro. ¡No se burle usted! Tómeme siquiera medio en serio. Déjeme quererla poquito á poco... así... Yo no soy lo que usted cree. Tengo también mi corazoncito... Algunas veces suelo sufrir mucho... en sueños. ¿Por qué desperdiciar la ocasión de ser felices? ¿Por qué no coger una flor del camino, á pretexto de que pasamos junto á ella tantas veces, sin mirarla?... ¡Pobre florecita! Véngase usted á cenar conmigo.

PAQ. ¿Cómo? ¿A cenar con usted?

LUC. Sí. No creo pecar de exigente. ¿Me permite usted que la acompañe al teatro? Iremos al Real. Hacen *Fausto* esta noche... Vamos... ¿Hubiera usted dudado aceptar ayer?

PAQ. Pero hoy, sí dudo.

LUC. ¿Tiene usted miedo de mí?

PAQ. ¡Qué presunción!

LUC. ¡Entonces tiene usted miedo de usted misma!

PAQ Eso es una insolencia. Acepto. ¿Pero me promete usted que no me aburrirá mucho?

LUC. No la prometo nada... Voy en busca de los billetes y á encargar la cenita... (Mira su reloj.) ¡Ya las seis! Me voy á escape.

PAQ. Tiene usted tiempo de sobra. Su reloj adelanta.

LUC. Ahora va bien... Tengo que disculparme...

PAQ. ¡Ah! ¿iba á comer con?...

LUC. Sí, con... Voy á poner un pretexto.

PAQ. ¿Por esta noche?... (Suena un timbre.)

LUC. ¡Caramba!

PAQ. ¿Qué ocurre?

LUC. Debe ser Santiago.

PAQ. (De muy mal humor.) ¡Es muy gracioso su amiguito!

DONC. (Anunciando) Don Santiago Ramos.

LUC. (Disponiéndose á marchar.) No quiero encontrarme con él más que de refilón... Ya sabe usted á lo que viene...

PAQ. ¡Ah, es verdad! Ahora me va á pagar la tontería que ha hecho.

LUC. ¿Quiere usted que yo le despida?

PAQ. No, no; puesto que se me quiere declarar, que se me declare... No quiero perder esta declaración.

LUC. ¿Se va usted á divertir un rato?

PAQ. Lo que me divertirá será la comparación...

LUC. ¡Bah! No tengo mucho que temer... Pero sea usted un poco compasiva...

PAQ. (A la Doncella.) Que pase ese caballero.

LUC. (Se da un golpe en la frente y luego se mira las manos.) ¡Caramba! ¡La señal!... ¿Cuál voy á hacer?... ¿Un guante?... No. ¿Dos guantes?... Tampoco.. ¡Ninguno!

ESCENA IV

DICHOS y SANTIAGO

SANT. Señora. (Á Luciano, bajo.) ¿No te has puesto los guantes?

LUC. No.

SANT. ¿Sin guantes?... ¿Qué pasa?

LUC. Mira, si encuentras mis guantes por casualidad, haz el favor de devolvérmelos... (Mutis.)

SANT. Sus guantes... sus guantes...

PAQ. ¿Qué es eso?... ¿Qué le decía?

SANT. Nada, nada... Una bromita... ¡Está siempre de tan buen humor!...

PAQ. ¿Y usted?

SANT. ¡Oh, yo...! Bajo este aspecto triste, no soy alegre... no soy muy alegre... no soy alegre

PAQ. Bien, amigo Ramos...

SANT. (Muy azorado.) Bien, señora... (Decidiéndose.) Yo...

PAQ. (Interrumpiéndole.) ¿Quiere usted una taza de té?

SANT. (Tranquilizándose un poco.) Sí; una taza de té.

PAQ. ¡Parece que está usted muy contento! (Toca el timbre.)

SANT. Es que me gusta mucho el té... Me enerva, me quita el sueño, me hace daño... Me gusta mucho el té. (Entra la Doncella.)

PAQ. Traiga el té. (Mutis la Doncella.)

SANT. (Siguiendo su idea.) Generalmente, le gustan á uno las cosas que le hacen sufrir.

PAQ. Sí, que estropean el estómago. (Una pausa larga.) Me han dicho que estuvo usted antes aquí.

SANT. Sí.

PAQ. Entonces, esta es hoy la segunda visita.

SANT. Es la segunda visita.

PAQ. ¿Sabe usted que esto le va á comprometer mucho?... ¡Qué dirán esas señoras!

SANT. (Modesto.) ¡Oh, esas señoras!...

PAQ. Bien es verdad que como ellas tienen sus lecciones... (Entra la Doncella con el té y se va.) Aquí está el té.

SANT. (Muy desconcertado.) Muchas gracias, señora; no lo tomo, no lo tomo.

PAQ. ¿Es un capricho?

SANT. Sí; es un capricho. (Pausa.)

PAQ. No sabía que Luciano y usted fueran tan íntimos.

SANT. Sí. Somos amigos muy antiguos. Estudiamos juntos en el colegio de San Pablo.

PAQ. Estoy segura de que usted sería un estudiante muy aplicado, y él un tumbón.

SANT. ¡Lo ha adivinado usted! Yo le ayudaba siempre á salir de los apuros en clase, ¡y él me hacía cada trastada!... ¡Era muy nota-

ble!... Tenía menos años que yo, pero mucha más viveza... Porque yo no he estado seguro de mí mismo, sino mucho más tarde.

PAQ. ¡Ah!

SANT. Sí, mucho más tarde... Recuerdo que me llevaba á las Ventas y me presentaba á algunas chicas...

PAQ ¡Qué chicas! (Riendo.)

SANT. Las que iban allí.

PAQ. ¿Y usted qué las decía?

SANT. ¡Muchas cosas! Las decía: «Señoritas, son ustedes muy guapas y me gustan ustedes mucho».

PAQ. ¿Y ellas le contestaban?

SANT. Algunas veces me preguntaban si tenía buenos puestos en las clases, y cuando sabían que no, se disgustaban mucho.

PAQ. Mientras que Luciano..

SANT. Oh, Luciano es muy afortunado.

PAQ. Sí, es muy afortunado.

SANT. Una vez conquistó á una muchachita... vamos, á una muchachita...

PAQ. ¿Y la quería?

SANT. No, pero le servía para ayudarle en sus trabajos.

PAQ ¡Vaya una idea!

SANT. Recuerdo que un día que había escondido el sombrero á su vecino—el vecino era yo—el profesor le quiso humillar delante de toda la clase y le obligó á que le llevara copiado diez veces este tema: «Siempre estoy castigado por hacer jugarretas á mis compañeros...» La pobre Conchita—se llamaba Conchita—se pasó el domingo copiando los temas, mientras Luciano y yo nos divertíamos en un café de camareras...

PAQ. ¡Qué par de monstruos!

SANT. No, no señora... Eramos dos pollitos... ¡Y muy calaveras!

PAQ. ¿Usted también?

SANT. Sí, señora, yo también. Yo nunca me he cortado para dirigirme á las mujeres... á quienes no quería.

PAQ. (Aparte.) Pobrecillo. (Alto.) ¿Y por lo visto, Luciano sigue siendo su director sentimental?

SANT. Tiene mucha experiencia.

PAQ ¿Y qué es lo que le ha aconsejado...?

SANT. (Aterrado.) ¡Audacia! (Baja los ojos al suelo.)

PAQ. Ah...

SANT. (Con decisión, un poco violento.) Sí, audacia... Por eso yo.. Es preciso que sepa usted...

PAQ. (Mirándole de frente.) ¿Que yo sepa?...

SANT. (Balbuceando.) Sí, que sepa usted... que Luciano es un amigo muy servicial y muy constante... Yo tengo en él una confianza absoluta.

PAQ. ¿Desde cuándo?

SANT. Sobre todo... desde siempre...

PAQ. Bueno. (Toma su té.)

SANT. (Aparte.) Soy un estúpido... Esto es una estupidez. (Hace un gesto, da vueltas al sombrero y lo deja caer. Paquita le mira; aparte, algo burlona.) Medio minuto... Me doy un plazo de medio minuto. (Pausa.) Sí. (Se levanta. Aparte.) No... no... no puedo, no podría... Renuncio... No podría.

PAQ. ¿Qué dice usted? (Dejando la taza.)

SANT. Nada... Es decir... No, nada. (Pausa.)

PAQ. (Aparte.) Qué cernícalo... (Un poco nerviosa se dirige al espejo, se mira y vuelve.) ¿No le parece á usted que me sienta muy mal este peinado? Yo creo que me hace más vieja.

SANT. ¡No diga usted eso!... Nunca ha estado usted más linda, más deliciosamente presentada... (Enmudece.) y. .

PAQ. (Insinuante.) ¿Y qué?...

SANT. Por otra parte, este año son tan graciosas las modas... (Con otro tono.)

PAQ. No hable usted de eso, que no entiende usted nada... Deme usted mi costurero. (Pausa. Aparte.) Me impacienta su falta de decisión. Pero estoy decidida á que se me declare y lo conseguiré.

SANT. Tenga usted su costurero...

PAQ. (Contemplándole.) La verdad es que hoy tiene usted un aspecto distinto al de todos los días.

SANT. No, no... Se lo aseguro á usted... ¿Y por qué no tengo el aspecto de todos los días?

PAQ (Nerviosa.) No lo sé. Pero está usted desconocido. No está muy bien que yo lo diga...

SANT. Dispénseme usted, señora. ¿La he dicho á usted alguna cosa?

PAQ No, no me ha dicho usted nada. (Registra en su costurero)¿Dónde estará el bordadito que...? Ah, allí... (Santiago lo encuentra sobre la mesa. Aparte.) ¡No dirá nada!

SANT. (Vuelve con el bordado.) Aquí está... (Se pincha con una aguja.) ¡Ay!

PAQ. ¿Qué es eso?

SANT. La aguja. (Se chupa el dedo)

PAQ (Riéndose.) ¡Dios mío! ¡Pobrecillo! ¡Qué desgraciado es usted!

SANT. No había visto la aguja.

PAQ. Hablo en general... Vaya. (Buscando un trapito. Aparte.) Voy á ayudarle un poco. (Alto.) Deme usted el dedo.

SANT. No, no, que me va usted á hacer daño. Es aquí, cerca de la uña.

PAQ. Hay que saber sufrir por las mujeres. ¿Le gustan á usted, Santiago? (Prepara el trapito y, mientras habla, se lo coloca en el dedo cuidadosamente.)

SANT. (Rudamente.) Sí señora.

PAQ. ¡Pues no lo parece!

SANT. ¡Es que me dan mucho miedo!... Reconozco su fuerza y mi debilidad... Me parecen algo así como máquinas de guerra que yo no sé manejar y... vamos... y...

PAQ. Consuélese usted despreciándolas un poco... Yo le aseguro, porque me conozco perfectamente, que somos muy poquita cosa... Los sabios hablan siempre muy mal de nosotras. No sé cuál de ellos ha dicho que somos una cosa aparte, fuera de la misma creación, porque nos crearon de propina, el sábado por la tarde... Somos la última obra del Señor... Y se conoce que ya estaba fatigado... Mientras que Adán... ¡Oh, Adán!... ¿Qué piensa usted de Adán?

SANT. ¡Era un neurasténico!

PAQ. No está mal dicho... Era un espíritu distinguido... No hay que olvidar que él fué el primero que salió del paraíso terrenal que era, después de todo, el único establecimiento clásico que existía en su tiempo. (Santiago ríe. Ella busca hilo y le ata el dedo.) ¡Qué bonitos gemelos lleva usted!

SANT. No son míos. Son de mi criado.

PAQ. Los ha debido comprar en el bazar X.

SANT. Pienso despedirle y mudarme de casa.

PAQ. ¿Y á dónde piensa usted mudarse? ¿Cerca de mí?

SANT. Sí... Si yo me atreviera...

PAQ. (Riendo.) ¡Atrévase usted! ¡Me parece que podemos vivir juntos y sin temor en el mismo Paraíso!... Yo, en cambio, le daré las señas de mi sastre.

SANT. Gracias... No sé cómo expresarla...

PAQ. Sí, se expresa usted con bastante dificultad... ¿No es abogado?

SANT. Sí.

PAQ. (Le suelta la mano después de anudarle el hilo.) Vaya. ¡Se acabó!... ¿No me da siquiera las gracias?

SANT. Sí, sí... Gracias.

PAQ. ¿Nada más? ¿No tiene usted otra cosa que decirme?

SANT. No. (Se sienta y pone la mano sobre la rodilla.)

PAQ. (Aparte.) Esto va siendo un poco humillante... Y bien mirado, vaya si resulta aceptable. (Alto.) Le está á usted muy bien esa muñequita.

SANT. (Mirándose el dedo.) Sí... Es muy bonita.

PAQ. ¡Qué presumido!

SANT. ¡Como es usted quien la ha hecho!

PAQ. ¡Gracias á Dios que me ha dicho usted una galantería! Parece que le cuesta trabajo declarar que soy con usted muy complaciente. (Se lleva el costurero y vuelve.) Creo que empiezo á comprenderle... ¿Por qué tiene usted esa exagerada desconfianza de sí mismo? Usted posée ciertas cualidades... usted no se da cuenta de que es muy simpático.

SANT. ¡Ay! ¿A quién?

PAQ A todos sus amigos, á Luciano, á mí...

SANT. (Muy sofocado.) ¿A usted?

PAQ Y además, esté usted seguro de que hay muchas mujeres que encuentran un encanto especial en eso que usted cree una desventaja... Sí; á muchas les gusta que un hombre pierda un poquito la cabeza por ellas, que se dé contra los muebles, que toque el tambor en el sombrero...

SANT. Ah... Se está usted burlando de mí. (Descorazonado.)

PAQ. ¡No, no... qué idea! (Impaciente.) ¡Oh! (Dando pataditas.) Parece que está usted un poco contrariado... ¡Tal vez por culpa mía! Va usted á creer que me gusta contrariar á todo el mundo.

SANT. No lo sé.

PAQ ¿Por que es usted tan susceptible?... Sí, si reconozco que yo he tenido un poco de culpa... No estuve con usted siempre todo lo complaciente que debiera... Ahora me arrepiento... He sido poco razonable, sí... Y sobre todo... este verano.

SANT. ¿Este verano?

PAQ Cuando me dí cuenta de lo que... Cuando usted me dijo... Porque usted me dijo...

SANT. (Vivamente.) ¿Qué?

PAQ. Lo que ahora no se atreve usted á decirme... ¡Cuando me dijo usted que me amaba!

SANT. (Consternado.) ¿Yo? ¡Yo no le he dicho á usted eso, jamás!... ¡Se lo juro!... Nunca hubiera tenido la audacia de... Nunca. Yo no se lo he dicho.

PAQ. ¿No se acuerda usted?... Al anochecer, en la playa... Las barcas pescadoras se deslizaban silenciosas cerca de nosotros, hundiéndose en la noche, como unas gaviotas.

SANT. Las barcas...

PAQ. Acuérdese usted .. Las luces danzaban en la obscuridad... Sobre el agua se veía el camino de la luna... De vez en cuando se cruzaban con nosotros unas inglesas, pálidas, espigadas, mudas... ¡Acuérdese usted!... Por las ventanas del Casino salían las notas del

vals que se mezclaban con la canción de la marea... La brisa tenía un penetrante olor de algas y de heliotropos... A lo lejos, el faro giraba, giraba, deslumbrándonos con su fuerte claridad... Usted hablaba, hablaba...

SANT. Me parece... sí...

PAQ. Yo apenas oí sus palabras... Iban mezcladas con la brisa, con la música, con la noche. Se convertían en perfume, en poema, en melodía... ¡Cómo no había de decirlas en aquella decoración de ensueño!...

SANT. (Exaltado.) ¡Es admirable!... Sí... Yo, yo... Me parece que...

PAQ. ¡Recuerde usted! Cuando llegamos al acantilado, descubrimos á un marinero y á una muchacha que se abrazaban... Yo me sentí envuelta por la caricia de su deseo y por el fervor de su pensamiento. ¡Había en el ambiente algo de embriaguez, de voluptuosidad!...

SANT. (Iluminado.) Ah, sí... ¡Fué una noche que perdí cuatros duros en los caballitos!

PAQ. ¡Ve usted cómo lo recuerda!

SANT. Recuerdo el día, pero no me acuerdo de haberla dicho...

PAQ. Que me lo dijera usted ó no, puesto que ahora yo me acuerdo...

SANT ¿Usted se acuerda?

PAQ. Sí y estoy verdaderamente turbada.

SANT. Yo también; como si se lo acabara de decir.

PAQ. Y yo como si se lo acabara de escuchar.

SANT. ¡Ah, Paquita, Paquita!... Me vuelve usted loco de alegría... ¿Será verdad? .. ¡No he pensado más que en usted!... ¡Usted llena toda mi vida!... ¡Pero me daba usted un miedo!... ¡La amo á usted tanto!... No me atrevo á creer á mi corazón.. ¡Qué buena es usted!... ¡Cuánto la amo!... Perdóneme usted pero yo no sabía lo que me decía.

PAQ. ¡Ni yo sabía lo que pensaba!... ¡No me guarde usted rencor!... Ahora es cuando le conozco bien y estoy convencida de que usted no es como los demás... Tengo confianza en usted... ¡Usted sólo me amará, como yo quiero ser amada!

SANT. ¿Y usted?

PAQ Yo no se lo impediré.

SANT. Nunca me separaré de su lado... Creo que no podría vivir sin usted... ¡Y pensar que tengo que marcharme al paseo de Recoletos!

PAQ Aguarde... Voy á darle á usted una prueba... Tengo dos butacas para la función del Real de esta noche... Le invito á usted á venir conmigo; y usted en cambio, me convidará á cenar. ¿Le conviene el trato?

SANT. ¡Que si me conviene! ¡Dios mio, que si me conviene!...

PAQ Bueno. Está dicho. ¡Ah! Sólo que...

SANT. ¿Qué?

PAQ Nada, nada... Alguien que debía venir... Voy á poner dos letras... Es muy urgente. Hasta ahora mismo. (Mutis.)

ESCENA V

SANTIAGO. Después LUCIANO

SANT. (Toma su sombrero maquinalmente, le da unos papirotazos, se pasea un poco y mira la puerta por donde marchó Paquita.) Lo cierto es que soy un poco más atrevido de lo que creía. (Llaman.) ¿Quién será?

LUC. (Entrando.) ¿Cómo? ¿Estás aquí todavía?

SANT. No... Es decir...

LUC. (Dándole unas palmaditas.) ¡Pobre Santiago! ¡Nunca te curarás! ¡Te encuentro tan atontado como te dejé!

SANT. Es decir que...

LUC. Me figuro lo ocurrido... Has hablado y te han puesto de patitas en la calle... Me lo suponía... Conocí que estaba de muy mal humor y por eso no me puse los guantes... ¿Comprendes?

SANT. Te equivocas... No la he dicho nada.

LUC. ¿Cómo?

SANT. ¿Y sabes por qué no la he dicho nada?... ¡Pues porque hace tres meses que se lo había dicho!

LUC. ¿Tú?

SANT. Sí, yo... Una noche en San Sebastián... Las barcas se deslizaban, danzaban las luces y pasaban las inglesas.

LUC. ¿Eh?...

SANT. El faro giraba, giraba... Había una muchacha, voluptosidad, deseo y un marinero... Perdí cuatro duros.

LUC ¿Pero qué es lo que dices?

SANT. Pobre Luciano... Tú eres un inocente y no comprendes nada... Pero no te descorazones... Yo te daré consejos para triunfar con las mujeres... Ya verás... No te asombres... No te asombres...

ESCENA VI

DICHOS y PAQUITA

PAQ. (Aparte al ver á Luciano.) ¡Ah!

LUC. (Viendo á Paquita.) Mi querida amiga. Le traigo los billetes para esta noche. Dos butacas de buena fila. De paso he encargado en el Ideal Room la cena, que espero sea de su gusto y del mío.

SANT. Pero como...

PAQ. (Atajándole.) Santiago, ¿quiere usted decir que me traigan el abrigo? (Le empujan hacia la puerta izquierda. Él se va. A Luciano.) ¿Tiene usted los billetes?

LUC. Aquí están. Yo los guardaré.

PAQ. No, démelos.

LUC. ¿Para qué?

PAQ. Porque, mi querido Luciano, con permiso de usted, esta noche me acompañará Santiago... Y como no hay más que dos butacas y usted es tan buen amigo, no tendrá usted inconveniente en cederle la suya.

LUC. ¿Santiago? ¿Santiago?.. ¿Por qué?

PAQ. Porque... Figúrese usted... Él no ha visto *Fausto*.

LUC. ¿Se está usted burlando de mí?

PAQ. ¡De ninguna manera!

LUC. ¿Qué es lo que debo pensar?

PAQ Lo que usted tema.

LUC. Paquita... ¿Qué mujer es usted?...

PAQ. Yo soy... como soy.

LUC. Entonces yo ¿qué hago?

PAQ. ¿Usted? ¿No tiene á Lucía?

LUC. Lucía... ¡Acabo de romper con ella!

PAQ. ¡Eso dará lugar á una reconciliación!

LUC. ¿Es decir, que prefiere usted á Santiago? Eso es imposible. ¡Eso es una locura!... ¿Cómo ha podido usted convencerse? ¿Qué le ha dicho á usted?

PAQ Me ha dicho lo preciso.

LUC. No; esto es muy molesto... Cuando pienso en que hace un instante, aquí mismo, usted me... Renuncio á explicármelo... ¡Es demasiado complicado!

PAQ. No. Es sencillísimo .. Es una corazonada...

LUC. (Furioso.) Si ya sé que el corazón tiene unas razones que la razón desconoce por completo.

PAQ ¡Qué tonterías dice usted!

LUC. Perdón. El corazón tiene unas razones, que Paquita desconoce por completo...

SANT. (Entrando con el abrigo.) Aquí está. (Queda en el foro.)

LUC. De modo que yo me quedo compuesto y él...

PAQ. (A Santiago.) Vámonos.

SANT. (Después de ponerla el abrigo; á Luciano.) Hasta luego, querido, y muchas gracias... Ya sé todo lo que has hecho por mí...

LUC. ¡Me estará tomando el pelo!

PAQ. ¿Es en el Ideal Room donde dijo usted que había encargado la cena?

LUC. (Furioso.) Sí; una cena deliciosa.

PAQ. Nos hará muy buen provecho.

SANT. ¿Has traído coche?

LUC. Sí; un coche de La Peña.

SANT. Con tu permiso le tomaremos ahora. Adiós. (Se acerca á Luciano, mientras Paquita se arregla en el espejo. En voz baja.) Oye... Como no esperaba esto, temo no haber traído bastante dinero... ¿Quieres dejarme veinte duros?

LUC. (Se los da.) ¡Magnífico! ¿Quieres también mi reloj?

SANT. Gracias. Adiós, Luciano.

PAQ. Adiós, Luciano.

LUC. ¿Y qué voy á hacer yo ahora?

PAQ. (Desde la puerta.) ¿Que qué va usted á hacer?... Coge usted una hojita de papel blanco...

LUC. ¿Qué?

PAQ. Y copia usted treinta veces el tema: «Siempre se castiga al que hace jugarretas á sus compañeros.» Buenas noches.

TELON

Precio: UNA peseta